[Otras ediciones en: *Gerión* 5, 1987, 195-211 (también en J.M.ª Blázquez, *España Romana*, Madrid, Cátedra, 1996, 81-94). Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa*, revisada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.]
© Texto, José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El Estado de Burebista y los pueblos de la Península Ibérica en época helenística Semejanzas y diferencias

José María Blázquez Martínez

[-195→]

La lectura del libro de Ion Horatiu Crisan, *Burebista and his time*, Bucarest 1978, me ha sugerido el hacer una comparación entre el rey tracio y los diferentes caudillos hispanos, citados en las fuentes literarias griegas y romanas, que vivieron durante la conquista romana de Hispania, desde el desembarco de los hermanos Escipiones en Ampurias, el año 218 a.C., hasta el año 19 a.C. en que terminaron las Guerras Cántabras y toda la Península Ibérica fue sometida a Roma.

Burebista creó un estado, que unió a los Daco-Getas y al reino de Tracia, a ambas orillas del Danubio. Venció a los Boios, a los Tauriscos y a los celtas escordiscos. Conquistó las ciudades griegas del lado Oeste del Ponto. Destruyó a Olbia, en la desembocadura del Dniéper, y conquistó Apollonia en la costa de Tracia. Gobernó durante casi 40 años, cuando fue asesinado. Llevó a su reino a una gran prosperidad material. Su reino pervivió, aunque dividido primera en cinco y después en cuatro partes. Como afirma I. Horatiu Crisan [1], Burebista, es «one of the most conspicuous politicians of the «barbarian» world of the Ist. century B.C. just as Rome gave Caesar».

Las tierras que gobernó Burebista tenían ciertos paralelos con los pueblos de la Península Ibérica a la llegada de los romanos. Eran un mosaico de pueblos no unificados; tierras fértiles para la agricultura y ganadería, ricas en minas, y con colonias griegas en el litoral de la costa [2].

[-195→196-]

Burebista creó un gran reino unificado, al norte de los Balcanes y a ambas orillas del Danubio. La Península Ibérica había también conocido un gran imperio unificado, que comprendía desde el río Ebro hasta el sur. Este imperio fue una creación de los Bárquidas. Duró pocos años, desde el año 226 a.C., fecha del tratado de Roma con los cartagineses, hasta el año 206 a.C., en que cayó la ciudad de Cádiz en poder de las romanos y se perdió totalmente la Península Ibérica para los púnicos [3]. Sin embargo, no parece que este gobierno unificado de los

---

[1] *Op. cit*. 249. Son fundamentales: D. M. Pippidi, Gétes et grecs dans l'histoire de la Scythie Mineure à l'époque de Burebista, *Parerga. Scriptes de philologie d'épigraphie el d'histoire anciennes*, Bucarest 1984, 177 ss. D. Berciu, Lo stato geto-dacio nel periodo Burebista- Decebalo, Colloquio italo-romano. La Dacia prerromana e romana. I rapporti con l'Impero (Roma 18-19 noo. 1980), *Atti dei Conv. Lincei LII Roma Accad. Lincei* 1982, 21 ss. Z. Petre, L'esercito di Burebista, *QC*. II 1980, 501 ss.

[2] J, M. Cook, *The Greeks in Ionia and the East*. Londres 1962; P. Faure, *Les colons grecs de la Mer Noire à l'Atlantique au siècle de Pythagore. VIe. siècle avant J.C.*. París 1978, 53 ss.; O. L. Lordkipanidze, *Antichnrji suir i drev niaïa Kolkhida*, Tiflis 1966. La civilisation de l'Ancienne Colchide aux Ve-IVe siècles, *RA* 1971, 259 ss. La Géorgie et le monde grec, quelques résultats des recherches archéologiques récentes en Georgia, *BCH* 1974. 897 ss.; C. Roebruck, *Ionian Trade and Colonisation*. Nueva York 1959: *Problems of Greek Colonisation of the Northern and Eastern Black Sea Littoral in the Period of Great Colonisation*, Tiflis 1981. *IIe Colloque sur l'histoire ancienne de la Mer Noir*, *RA* 2, 1980, 353 ss.; A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, Barcelona 1948. Varios: *Historia de España Antigua*, I. *Protohistoria*, Madrid 1980.

[3] J. M. Blázquez, *Historia de España* 1, 439 ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Bárquidas dejara huella profunda en las poblaciones hispanas, pues durante toda la conquista romana de Hispania, que duró 200 años, del 218 al 19 a.C., lo típico de la situación hispana fue la fragmentación de sus pueblos y las continuas luchas de unas tribus contra otras, lo que favoreció la conquista romana, pues Roma se apoyaba a unos pueblos contra otros [4]. El geógrafo griego Estrabón, contemporáneo del emperador Augusto, cuyo libro tercera de su Geografía es la fuente más importante sobre los pueblos de la Hispania Antigua, da como característica de estos pueblos su división y sus continuas luchas intestinas, cuando escribe (3.4.5): «Es de creer que las emigraciones de los griegos a los pueblos bárbaros tuvieron por causa su división en pequeños estados y su orgullo local, que no les permitía unirse en un lazo común, todo lo cual les privaba de fuerza para repeler las agresiones venidas de fuera. Este mismo orgullo alcanzaba entre los iberos grados mucho más altos, a la que se unía un carácter versátil y complejo. Llevaban una vida de continuas alarmas y asaltos, arriesgándose en golpes de mano, pero no en grandes empresas, y ello por carecer de impulso para aumentar sus fuerzas uniéndose en una confederación potente; así pues, si hubieran logrado juntar sus armas, no hubieran llegado a dominar la mayor parte de sus tierras ni los cartagineses, ni antes los fenicios, ni los celtas, la mismo que ahora se llaman celtíberos y berones, ni el bandolero Viriato, ni Sertorio tras él, ni ciertos otros celosos de ensanchar su poder. Luego vinieron a combatir a los iberos los romanos, venciendo una a una a todas las tribus, y aunque tardaron en ello mucho tiempo, acabaron, al cabo de unos doscientos o más años, por poner al país enteramente bajo sus pies».

La Península Ibérica nunca tuvo un Burebista que uniera bajo su mando gran parte de las pueblos iberos, aunque hubo caudillos y reyes, que **[-196→197-]** dominaron amplias zonas del territorio, pero su gobierno duró sólo unos pocos años y no tuvieron continuadores como los tuvo Burebista. Así, ya en los orígenes de la colonización griega en Occidente, al parecer, el rey Argantonio, que estuvo en excelentes relaciones con los griegos, era rey de Tartessos, de todo el sur de la Península Ibérica, y gobernó muchos años [5], 80 (Anac. frag. 16. Herod. 1. 163), más del dable que Burebista.

A comienzos de la conquista romana se citan en las fuentes varios reyes y jefes militares, pero no gobernaban sobre una muy amplia zona de tribus como el rey tracio. La monarquía era la forma política corriente de gobierno en el sur y en el levante ibérico de la Península Ibérica (Liv. 21.2.3) y lo fue hasta las finales de la República Romana, pues en la batalla de Munda entre César y los Pompeyanos se menciona un rey hispano de nombre *Indus*, que luchó en el bando de César (Caes. *BC* 10.3). Al narrar los sucesos acaecidos en Hispania durante el año 197 a.C., en que se perdió prácticamente todo lo conquistado por Roma durante la Segunda Guerra Púnica, el historiador T. Livio (33.21.6) menciona a un rey de nombre *Culchas*, que gobernaba 17 ciudades, y a un segundo de nombre *Lixinius*, que lo eran de dos muy importantes, *Carmo* y *Bardo*, esta última de localización dudosa pero, como la primera, asentada sin duda en el valle del Betis. *Culchas* había sido ya mencionado en los sucesos del año 209 a.C. por T. Livio (28.13.3) como dueño de más de 28 ciudades. Proporcionó a Escipión entonces 3.500 hombres. Se desconoce la causa de que 13 años después perdiera el do-

[4] A. Montenegro, *Historia de España. España romana*, Madrid 1982, 5 ss. J. M. Blázquez, Las alianzas en la Península Ibérica y su repercusión en la progresiva conquista romana, *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 3, 14, 1967, 209 ss.; F. A. Rodríguez Adrados, Las rivalidades de las tribus del NE. español y la conquista romana, *Estudios Menéndez Pidal* 1, 1950; M. Guallar, *Indíbil y Mandonio*, Lérida 1956, J. M. Triviño, Indíbil un reyezuelo ibérico en la encrucijada de das imperialismos, *CHE* 23-24, 1975.

[5] A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica*, Madrid 1975, 515 ss.; J. Cara Baroja, La realeza y los reyes en la España Antigua, *Estadios sobre la España Antigua*, 17, 1971, 85 ss. Este estudio es fundamental para el conocimiento de la monarquía hispana.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

minio sobre gran número de sus ciudades. Polibio (21.11.3) defiende a las romanos de la acusación de que eliminaban a los reyes extranjeros, aduciendo que no solamente les dejaban en sus puestos, sino que engrandecían su poder, y aduce como ejemplos, además de el rey africano Masinisa, a das reyezuelos hispanos, a *Indíbil* y a *Culchas*.

Los romanos mantuvieron en Hispania las formas políticas de gobierno de las tribus indígenas, y las convertían en clientes: *regulos se aceptos ín fidem in Hispania reges reliquisse*, escribe Livio (37.25.9) refiriéndose a lo que afirmó Escipión delante de *Prusias* de Bitinia.

Otro rey, de nombre *Corribilón*, menciona Livio (35.22.5) en el año 192 a.C., contra el que luchó C. Flaminio. Probablemente gobernaba alguna ciudad situada a las orillas del Betis. Se desconoce sobre cuántas ciudades ejercía su mando. Sin embargo, a la llegada de los romanos a la Península Ibérica, algunos reyes tendían a controlar un amplio territorio, y a hacer alianzas con otras tribus muy distintas de ellas, pero nunca llegaron a la extensión del reino de Burebista. Tal es el caso del citado *Indíbilis*, rey de los ilergetas, situados en la actual provincia de Lérida, en los Montes Pirineos. *Indíbilis* era rey según Livio **[-197→198-]** (22.21) y primero fue gran aliado de los cartagineses (Pol. 9.11; 10.35.6), después se pasó al bando de los romanas (Pol. 10.18.3; 10.40.3), para terminar finalmente luchando contra ellos (Pol. 11.31.1.4) [6]. Estaba en excelentes relaciones can las celtíberos, que habitaban la Meseta Castellana, e intentaba controlar los pueblas de la costa Ibérica, situados al norte del ría Ebro, sumesetanos y sedetanos; en cambio, eran aliados de los ausetanos. Las dos tribus primeras fueran desde el primer momento aliados de los romanas, lo que motivó que *Indíbilis* les atacara (Liv. 22.21). Era la lucha de las tribus del interior contra las de la costa de mayor nivel de vida, Livio (28.24) expresamente indica las intenciones de *Indíbilis* y de su hermana *Mandonius*, cuando enfermó Escipión y expulsados ya los cartagineses: *regnum sibi Hispaniae pulsis inde carthaginiensibus destinarant, animis nihil pro spe contigerat concitatis popularibus, Lacetani autem erant et iuventute celtiberorum excita agrum Suessetanum Sedetanumque, sociorum Populi Romani hostiliter depopulati sunt*. Finalmente *Indíbilis* y *Mandonius* fueron vencidos por los romanos (App. *Iber*. 38; Liv. 29.1-3) y ajusticiados. En estos primeros años 209 a.C. de la conquista romana se menciona a un rey de Edetania, en el centro de la costa levantina ibérica en la actual provincia de Valencia, de nombre *Edecon* (Liv. 27.17.1; Pol. 10.34-35), que se pasó al bando de los romanos; antes militó en el cartaginés y les prestó grandes favores. No parece que este rey tuviera aspiraciones fuera del gobierno de Edetania.

Es probable que estos reyes mantuvieran una corte, pera al igual que en el caso de Burebista [7], se desconoce totalmente su funcionamiento.

Otros jefes militares hispanos se citan en los primeros años de la conquista romana; eran jefes militares de tropas mercenarias al servicio de los pueblos del sur de la Península Ibérica o turdetanos, y no aspiraban a ninguna unión de tribus, ni a gobierno alguno, Diodoro (25.10), con ocasión de narrar la llegada del general cartaginés a la Península Ibérica, Amílcar, donde estuvo entre los años 237/229-228, escribe: «luchando contra los iberos y las tartesios, con *Istolatius*, general de los celtas, y su hermano, mató a todos, entre ellos a dos hermanos con otros importantes jefes... Pero *Indortas* reunió de nuevo cincuenta mil hombres y retirándose antes de presentar batalla a una colina, fue sitiado por Amílcar; durante la noche intentó escapar perdiendo la mayor parte de las tropas y siendo él mismo capturado vivo. Amílcar le sacó las ojos le atormentó y le crucificó».

---

[6] A. Castillo, La Costa Brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliú de Guixols. La villa romana de Tossa, *Ampurias* 1, 1939, 189 ss.; A. Montenegro, *op. cit*., *passim*.

[7] I. Horatiu Crisan, *op. cit*., 92 ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Por celtas hay que entender los celtíberos citados como mercenarios de los tartesios, o sea de los turdetanos por Livio (34.10). Están representadas estas tropas ya a mediados del siglo V a.C. en los guerreros de *Obulco*, la actual Porcuna, en la provincia de Jaén, en el alto valle del Betis [8]. **[-198→199-]**

Sin embargo, a la llegada de los romanos, los celtíberos que estaban gobernados por *principes*, no por reyes (Liv. 22.21) [9], tendían a formar una gran confederación y a ejercer su influencia en áreas muy lejanas de su territorio; por ello aparecen unidos con los ilergetes y con los pueblos del sudeste, ya que en la conquista de *Carthago Nova*, por Escipión, el año 209 se cita un *princeps celtiberorum*, de nombre *Allucius* (Liv. 26.50). Las relaciones entre Celtiberia y Oretania, en el valle alto del Betis, eran intensas, como lo demuestran nuestras excavaciones en Cástulo, donde en un cementerio de la primera mitad del siglo IV a.C., las armas y los broches típicos de la Celtiberia, son abundantes [10]. Se trata de mercenarios celtíberos, que utilizaban estas armas y broches de cinturón, o de un intenso comercio entre ambas regiones. Los celtiberos eran famosos por la fabricación de armas, las espadas celtibéricas, que fueron el terror de los romanos, imitadas después por los romanos y que dieron la superioridad al ejército romano sobre los macedonios. Fueron muy alabadas por Philon en su *Mechaniké syntaxis* (46 edición Schoene), que escribió en la segunda mitad del siglo III a.C.; por Polibio (Suida *máchaira*), quien intervino al final de la guerra contra Numantia y en el año 133 a.C. presenció la caída de la ciudad; por Diodoro (5.33.34), y por Livio (31.34.4), quien se refiere al terror a estas espadas hispanas entre los macedonios.

Esta unión de los celtíberos fue cortada por los romanos. La tendencia a la unificación de Celtiberia no parece ser obra de ningún jefe político o militar, sino un proceso interno, en el que siempre se ha visto que desempeñó un papel importante las minas. Las cuatro tribus celtíberas eran los *lusones*, los *arevaci*, las *belli* y los *titti*.

La primera guerra celtibérica es una guerra defensiva por parte de Roma. Se trata de impedir la unión y la proyección de los celtíberos sobre los bordes de la Meseta, y su expansión hasta la Hispania Ulterior, el valle del Ebro y el Levante ibérico. Así en el año 193 a.C. *M. Fulvius* luchó junto a Toledo, en la orilla del Tajo, en Carpetania, contra los vacceos, vecinos meridionales de los celtiberos, los vetones, asentados en el Tajo medio, y los celtíberos. Es la primera relación de Roma con estos pueblos. Probablemente, a juzgar por lo que sucede en fechas posteriores, los celtíberos eran los que dirigían la lucha contra Roma, y habían arrastrado a los otros dos pueblos (Liv. 35.7.6. Oros. 4.20.16). Esto indica que los celtíberos operaban en sus incursiones hasta el Tajo. En el año 188-187 a.C., se luchó contra los lusitanos y celtíberos (Liv. 39.7.6), que casi nunca, ni siquiera durante la Guerra Celtíbera y la Lusitana o de *Viriatus*, operaban juntos, como muy bien puntualiza el historiador Livio; se dedicaban a saquear los pueblos aliados de Roma. En este mismo año los celtíberos se mencionan (Liv. 39.21) en el valle del Ebro, junto a **[-199→200-]** *Calagurris*, y en el año 183 a.C. en territorio ausetano (Liv. 39.56). Estas luchas contra lusitanos y celtíberos continuaron en 185 (Liv. 39. 30-31) y en 184 (Liv. 39.42). Una tercera zona de presión celtíbera era el Levante ibérica, donde en la región del río Turia, cerca de Celtiberia, en 182 a.C., se enfrentan con los romanos (Liv. 40.16). En el año 181 comenzó la verdadera conquista de Celtiberia con la primera Guerra Celtíbera, que duró desde el año 181 al 179 (App. *Iber*. 42; Diod. 29.28; Liv. 40.30,

[8] J. M. Blázquez, J. González Navarrete, The Phokaian Sculpture of Obulco it Southern Spain, *AJA*, 1985, 61 ss.

[9] B. Taracena, J. Maluquer, *Historia de España. España Prerromana*, 1, 3. Madrid 1954, 197 ss. Sobre la guerra celtibérica es fundamental H. Simon, *Roms Kriege in Spanien, 154-133 v.C.*. Frankfurt 1962. M. Salinas, *Conquista y Romanización de Celtiberia*. Salamanca 1986.

[10] J. M. Blázquez; M. P. García-Gelabert, Cástulo, una ciudad oretana-romana, *Revista de Arqueología* 35, 1983, 16 ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

32-33) y en la que intervino y la terminó *T. Sempronius Gracchus* (App. *Iber*. 43-44; Liv. 40.35.39; 40.11.43.44. 47-50). Con la paz firmada con las celtíberos se cortó radicalmente la extensión celtíbera fuera de los límites de su territorio.

Uno de los datos que sobre la actuación guerrera de Burebista recoge Estrabón (7, 3, II) es que «atravesando el Istros sin temor, depredando Tracia entró en Macedonia e Illiria». Precisamente estas incursiones de saqueos las hacían continuamente los Lusitanos en el valle del Betis y otros pueblos hispanos. En el año 194 a.C. Escipión Nasica (Liv. 35.1), siendo *praetor, Lusitanos pervastata ulteriore provincia cum ingenti praeda domum redemtis in ipso itinera ad gressus ab hora tertia ad octavam incertu eventu pugnavit*. Se les vuelve a encontrar saqueando el valle del Betis en 190 (Liv. 37.46.7) y en 189 a.C. (Liv. 37.57) en lucha con *L. Aemilius Paulus*, y en 184 (Liv. 39.42) habiendo sido vencidos por *C. Calpurnius*. En 155-153 a.C., al comienzo de la Guerra Lusitana, *Punicus* invadió la Provincia Ulterior y atacó a los blastofenicios (App. *Iber*. 56), llamados *Bastuli Poeni* por Ptolomeo (Pto1. 2.4.6) y Libiofenicios por Avieno (*OM* 421). Esta penetración de saqueo fue profunda, ya que llegaron los lusitanos hasta la costa meridional de la Península Ibérica. Incluso pasaron el Estrecho de Gibraltar, pues los lusitanos al mando de *Kaisaros* sitiaron la ciudad de *Ocilis*, hoy Arcila. *L. Mummius* los persiguió y venció (App. *Iber*. 57). En 151-150 a.C. otra banda lusitana intentó pasar el Estrecho, pero fue aniquilada por los legados de *Luculus* (App. *Iber*. 57-58). Una segunda banda atacó *Gades* (App. *Iber*. 59). En 147-146 a.C., 20.000 lusitanos penetraron en Turdetania (App. *Iber*. 61). En el año 139 a.C. (App. *Iber*. 72), marcharon a las órdenes de *Tautalos*, el sucesor de Viriato, hacia el Levante ibérico, sobre *Saguntum*, lo que indica que atravesaron toda la extensión de la Península ibérica de Oeste a Este. Rechazados, invadieron el valle del Betis. Terminada la guerra las lusitanos continuaron con sus incursiones de saqueo. Así en el año 112 a.C. el *praetor* de la Provincia Ulterior, *L. Calpurnius Piso*, combatió a los lusitanos, que saqueaban la provincia (App. *Iber*. 99).

Hay una diferencia grande entre las incursiones de Burebista en Tracia, Macedonia e Illiria y las de los lusitanos. El rey tracio no hacía estas incursiones por razones económicas; con ellas aseguraban sus fronteras, mientras las incursiones de los lusitanos obedecen a la pobreza en que vivían los estratos bajos de la población, que les obligaba al bandidaje como *modus vivendi*. Una gran pasibilidad de subsistencia fue alistarse en los ejércitos de los cartagineses (Liv. 21.43.8) y de los romanos (Liv. 25.32-33) como tropas mercenarias. **[-200→201-]**

En Celtiberia y en Lusitania había una concentración de riqueza ganadera y de tierras [11] en pocas manos, lo que obligaba a los pobres al bandidaje. Diodoro (5.34.6) escribe: «existe una costumbre muy propia... principalmente de los lusitanos y es que cuando alcanzan la edad adulta, los que están más apurados de recursos, pero sobresalen por el vigor de sus cuerpos, y su atrevimiento, proveyéndose de valor y de armas, se reúnen en las asperezas de los montes; allí forman bandas numerosas que recorren Iberia, acumulando riquezas con el robo, y lo hacen con el más completo desprecio de todo».

Estas bandas no saqueaban generalmente su propio territorio, sino el de los vecinos. Era un bandidaje distinto del de las pueblos del Norte [12]. La falta de tierras es la causa del bandidaje celtíbero y lusitano. Appiano (*Iber*. 59) escribe refiriendo sucesos del año 151-150 a.C. que «C. Galba recibió benignamente a los lusitanos aparentando compadecerles por la necesidad en que se veían de darse al robo y de hacer la guerra y faltar a los pactos, que es la esterilidad de los campos y la pobreza la que os obliga a ello; por lo que si queréis mi amistad, os

[11] J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Madrid 1978, 103 ss., 111 ss.
[12] J. M. Blázquez, *La Romanización*, Madrid 1974, 191 Ss.; A. García y Bellido, *Bandas y guerrillas y su lucha con Roma*, Madrid 1945.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

daré, ya que la necesitáis, tierras buenas y os estableceré en una fértil campiña, dividiéndola en tres partes». A los lusitanos que habían acudido confiados en recibir las tierras, los agrupó en tres partes y los asesinó, lo que motivó el comienzo de la guerra.

Cuando en el año 147-146 a.C. los citados 10.000 lusitanos penetraron en Turdetania, con anterioridad habían enviado a *Vitelius*, y una segunda pidiendo tierras a cambio de su fidelidad a Roma, Viriato, que era uno de los pocos, que había escapado a la matanza de Galba, se opuso y la guerra continuó.

Muerto Viriato, los lusitanos a las órdenes de *Tautalos*, llegaron hasta Sagunto, pero fueron obligados a pasar el río Betis, como se dijo, hasta que se entregaron a los romanos, que les concedieron tierra suficiente para que la necesidad no les impulsase al bandidaje (App. *Iber*. 72). Diodoro (33.1.3) puntualiza que se «les concedió tierras y una ciudad donde establecerse». Los romanos cayeron en la cuenta de la verdadera causa del bandidaje lusitano y celtíbero e intentaron arrancarlo haciendo reparticiones de tierras entre los pobres.

Esta falta de tierras no sólo era típica de Lusitania, sino también de Celtiberia, como lo demuestra que *T. Sempronius Gracchus*, después de la toma de *Complega*, estableció en la ciudad a los pobres, dividiendo la tierra entre ellos (App. *Iber*. 43). Esta desastrosa situación económica de amplias masas de población hispana databa de antiguo, como lo indica el gran número de tropas mercenarias hispanas que participaron en el siglo V en Sicilia y después en Grecia en el siglo IV a.C. [13]

Los pueblos de la Península Ibérica, astures y cántabros [14], se dedicaban a **[-201→202-]** saquear las tierras trigueras de los vacceos [15], de los turmódigos [16] y de los autrigones [17] (Flor. 2.33.47), aliados de Roma, a pesar de que habitaban una región fértil. El geógrafo griego Estrabón (3.3.5) escribe de estos pueblos del Norte: «Esta región es naturalmente rica en frutos y en ganados, así como en oro, plata y muchos metales; sin embargo, la mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra para medrar con el bandidaje, en luchas continuas mantenidas entre ellas mismas, o atravesando el Tajo, con las provocadas con las tribus vecinas».

Las fuentes literarias, que se refieren a las guerras lusitanas y celtibéricas, mencionan un número grande de caudillos, pero sólo fueron jefes militares, ninguno tuvo la talla militar y política de Burebista. Ya se han mencionado los nombres de varios: *Punicus*, *Kaisaros*, un tercero contemporánea de las dos anteriores fue *Kaukanos* (App. *Iber*. 57), y *Tautalos*. Otros jefes guerrilleros citados en los sucesos del 141-140 a.C. son *Curius* y *Apuleius*, que posiblemente son tránsfugas romanos, pues llevan nombres latines, que atacaron a *Servilianus*, y *Connoba*, todos son caudillos lusitanos. El nombre del jefe de los numantinos, al final de las guerras en 133 a.C. era *Retogenes Carausius* (App. *Iber*. 93). *Avarus* era uno de los principales de la ciudad, pues fue en una embajada a Escipión (App. *Iber*. 95). En la guerra de cántabras y astures un caudillo cántabro se llamaba *Corocotta* (Dio Cass. 56.43.3), que se debía dedicar al saqueo de las tribus vecinas, pues Dión Cassio le califica de ladrón. Todos estos caudillos eran valientes, pero carecían de talla política. Sólo estaban al frente de bandas de robo y su actuación fue corta.

El jefe de más altura militar indígena que tuvo la Península Ibérica fue *Víriathus* [18], que es el único líder comparable a *Vercingetorix* [19], a *Ariovistus*, y a *Decébalo*. Como jefe militar

[13] A. García y Bellido, *Historia de España. España Protohistórica*, 647 ss.
[14] A. Montenegro, *op. cit*., 174 Ss.; J. Caro Baroja, *Los pueblos del Norte*, San Sebastián 1977.
[15] F. Wattenberg, *La región vaccea*, Madrid 1959.
[16] J. M. Solana, *Los Turmogos durante la época romana. I. Las fuentes literarias*, Valladolid 1976.
[17] J. M. Solana, *Los Autrigones a través de las fuentes literarias*, Valladolid 1974.
[18] A. Montenegro, *op. cit*., 81 ss.; H. Gundel, Viriato, lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos, (147-139 a.C.), *Caesaraugusta* 31-32, 1968.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

admite la comparación con Burebista, pero somos de la opinión que no tuvo su altura política, quizás porque la guerra fue su única ocupación y no tuvo tiempo para estructurar una región.

Ya los autores antiguos le señalaron como el mayor caudillo militar hispano. *Iustinus* (44.2.7) escribió de él: *in tanto saeculorum serie nullus dux magnus praeter Viriatum fuit, qui annis decem romanos varia victoria fatigavit*.

Su procedencia social era muy baja, ya que la casi totalidad de las fuentes griegas y latinas que hablan de él le llaman *latro*, es decir, pertenecía a los lusitanos, que vivían del robo. Estaba entre los lusitanos pobres que habían acudido a recibir tierras de Galba. **[-202→203-]**

Diodoro (33.21) ha trazado un buen retrato de Viriato: «Fue en efecto, como es sabido, de una gran combatividad en los peligros, sagacísimo en prever lo conveniente, y durante su mandato fue muy querido a los soldados. En el reparto del botín no tomaba nunca una parte mejor que los otros; con la que tomaba obsequiaba a los que más se distinguían o subvenía a las necesidades de los soldados. Era, además, sobrio, concedía muy poco tiempo al sueño, no retrocedía ante ningún peligro, ni era vencido por ningún deseo. Las pruebas de su valor son evidentes, pues durante los doce años que mandó sobre los lusitanos, no sólo mantuvo sus fuerzas sin ninguna indisciplina, sino casi victoriosas, pero después de su muerte se deshizo el ejército de los lusitanos, privado de un tal caudillo».

Este juicio coincide en líneas generales con las de Dión Casio (*frag*. 73) y de Iustino (44.2.7), que en otro párrafo (33. 1. 1-3, 5) perfila el retrato de Viriato: «En fuerza, rapidez y agilidad de sus miembros, vencía en mucho a todos los demás iberos. Se había acostumbrado a un alimento escaso, a mucho ejercicio, y a medir su sueño par la necesidad; cubierto siempre de férrea armadura, en pie de guerra siempre contra fieras y bandidos, se hizo célebre ante la multitud; elegido caudillo por ésta, rápidamente reunió un ejército de bandoleros. Hizo grandes progresos en sus contiendas y fue admirado no sólo por su fuerza, sino también por sus condiciones de mando que demostró. En el reparto del botín era justiciero y distinguía con regalos a los que se señalaban por su valor. Tanto progresó que, declarándose ya no bandido, sino caudillo, hizo la guerra a los romanos». Este juicio coincide en líneas generales con los de Dión Casio (*frag*. 73) y de Iustino (44.2.7).

Floro (1.33.15) le llama el «Rómulo de Hispania». Eutropio (4.16) escribe que «fue considerado como el libertador de Hispania contra Roma» y Appiano (*Iber*. 72) que «sus condiciones de mando fueron excepcionales para un bárbaro» e insiste en las virtudes señaladas ya por Diodoro. Viriato fue maestro consumado, como Burebista, en hacer incursiones en el campo enemigo y en la guerra de guerrillas.

Al igual que el rey tracio [20], Viriato se caracteriza por su energía, autoridad, habilidad, disciplina y organización militar. El poder de ambos jefes militares se basaba en los soldados [21]. Al igual que Burebista unió a todos los Dacogetas en un Estado [22], Viriato reunió en torno a sí a todos los lusitanos en su lucha con Rama, pero no parece ser que planease crear un Estado, aunque fuese primitivo. Como Burebista extendió su dominio por amplios territorios, Viriato actuó también en regiones muy apartadas de Lusitania. Burebista envió una embajada a Pompeyo [23], Viriato intentó por dos veces hacer la paz con los romanos, en el año 141-140 a.C. cuando cercó a los romanos en un desfiladero (App. *Iber*. 69) y al final de su vida, cuando **[-203→204-]** fue asesinado por tres amigos enviados a pactar con los romanos (App. *Iber*. 71. Diod. 33.21. Liv. *per*. 54). El final fue el mismo en ambos caudillos que fueron ase-

[19] J. Harmand, Deux problémes du Bello Gallico, 1, qui fut Vercingétrix, *Ogam*, 1955, 3 ss.
[20] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 40 s., 81 ss.
[21] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 81, 89 s.
[22] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 39 s., 44, 64.
[23] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 48, 51.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

sinados [24]. La obra de Burebista se mantuvo, aunque dividida [25]; en cambio, Viriato no tuvo continuador. No se le puede negar a Viriato que en su lucha con Roma no tuviera una visión más amplia de lograr que los celtiberos se unieran a su empeño, pues, después del éxito contra F. Máximo, animó a los arévacos, a las *Belli* y a los *Titti* a intervenir en la lucha y la hicieron en 143 a.C. (App. *Iber*. 76), pero lusitanos y celtíberos lucharon generalmente por separado contra el enemigo común, lo que favoreció la victoria romana.

Los lusitanos y los celtíberos en el siglo I a.C. contaron con otro caudillo militar de excepcional calidad, Sertorio [26], huido de Roma ante las feroces matanzas hechas por los seguidores de Sila, y que apoyado en lusitanos y celtiberos, mantuvo una lucha contra los partidarios de Sila durante diez años (80-72 a.C.). Su finalidad era desde Hispania poder reconstruir el partido demócrata y desbancar del poder a los seguidores de Sila en Roma. Sertorio en el año 80 a.C. fue llamado, encontrándose en Mauritania, por los lusitanos, rebeldes contra Roma, ofreciéndole el mando. El poder de Sertorio, como el de Burebista o el de Viriato, se basa en el ejército. Destaca su genio militar, como el de Viriato en la guerrilla y en las incursiones militares en territorio enemigo, aunque también se dieron batallas en la Guerra Sertoriana de gran envergadura en las que se enfrentaron los dos ejércitos, como la de Lauro, en el Levante ibérico (Front. 2.5; Plut. *Sert*. 18. *Pomp*. 18).

Plutarco (*Sert*. 10) ha trazado un buen retrato del general romano: «sólo tenían confianza en él, conociendo como conocían su carácter, los que con él habían estado. Pues se dice que Sertorio no se dejaba dominar ni por el placer, ni por el miedo, impasible por naturaleza ante los peligros, moderado en la prosperidad; entablado el combate, no era inferior en valentía a ninguno de las generales de su tiempo; y cuando en la guerra se trataba de dedicarse al saqueo y a la presa, ocupar posiciones ventajosas, era en estos casos extremadamente sagaz y astuto. Era liberal y magnifico premiando los servicios, benigno en los castigos»... «Después de haberlos hecho así tan dóciles, los tenía dispuestos para todo, persuadidos como estaban de estar mandados, no por el juicio de un extranjero, sino por un dios, al mismo tiempo que los hechos atestiguaban que su poder había aumentado fuera de la previsible» (Plut. *Sert*. 12). «Por estas hazañas Sertorio era admirado y querido por aquellos bárbaros, y también porque por medio de las armas, formación y orden romanos les había quitado aquel aire furioso y terrible, convirtiendo sus fuerzas de grandes cuadrillas de bandoleros en un ejército» (Plut. *Sert*. 14). **[-204→205-]**

En varios otros aspectos se asemejan las figuras de Burebista y de Sertorio. Burebista, como insinúa Ion Horatiu Crisan [27], debió contar, al igual que los caudillos celtas, con grandes clientelas de *devoti*. Esto mismo está atestiguado por los autores antiguos para Sertorio. Una forma específica de la clientela militar hispana era la *devotio ibérica*. Abundan los textos antiguos referentes a ella. Servio (*Ad Georg*. 4. 218) escribe que «Virgilio lo tomó de la costumbre de los celtíberos, quienes, según refiere Salustio, se consagraban a los reyes, y se negaban a sobrevivirles». Valerio Máximo (2.6.11) añade, de acuerdo con Dión Casio (53.20.2) y Estrabón (3.4.18) que «los celtiberos consideraban impiedad el sobrevivir a la batalla, si cae en ella aquél por quien han consagrado su propia alma». Plutarco (*Sert*. 14) menciona un caso en el que los clientes de Sertorio atendían a salvar su propia vida después de salvar la de su jefe. En el caso de Sertorio afirma Plutarco (*Sert*. 14): «Siendo costumbre entre los hispanos que los que luchaban junto al general perecieran con él si venía a morir, a lo que aquellos bárbaros llaman consagración; al lado de los generales sólo se ponían algunos de sus asistentes y

[24] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 241.
[25] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 65.
[26] A. Montenegro, *op. cit*., 132 ss.; A Schulten, *Sertorio*, Barcelona 1945.
[27] *Op. cit*., 80.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

amigos, pero a Sertorio le seguían muchos miles de hombres, resueltos a hacer por él esta especie de consagración».

En la *devotio ibérica* entran dos elementos; uno de carácter religioso, cual es la creencia de ciertas divinidades, probablemente de tipo infernal, se contentaban con la vida del *devotus* a cambio de la del jefe. La verdadera esencia de la *devotio ibérica*, de la que se conocen tantos casos [28], consistía precisamente en esta consagración religiosa al caudillo en virtud de orientaciones religioso-colectivas. El segundo elemento es de carácter puramente social; sería la relación íntima con la clientela militar, lo que significa que la *devotio ibérica* tiene par objeto exclusivo la guerra.

Burebista utiliza para convencer al pueblo, según cuenta Estrabón (7.3.11 C) [29], la colaboración religiosa de *Deceneus*, es decir, del clero, que «le ayudaba a interpretar la voluntad de los dioses», en frase de Estrabón, al igual que los galos utilizaban a los druidas [30]. A ningún caudillo hispano le acompañan sacerdotes, adivinos y magos. Sin embargo, en la actuación de Sertorio desempeña un papel importante una cierva, que él decía que era enviada por los dioses y que le decía de antemano lo que iba a suceder (Plut. *Sert*. 11.20. Aul Gell. *NA* 15.22) [31].

Un texto fundamental sobre Burebista es el de Estrabón (7.3.11 C) ya citado que dice que fue tenido por un dios. De Sertorio afirma su biógrafo Plutarco (*Sert*. 12), que creían los iberos que eran mandados por un dios. La heroización de las caudillos militares está bien atestiguada en la Hispania **[-205→206-]** Antigua; baste recordar al guerrero enterrado hacia el 500 a.C. en el sepulcro de forma de torre de Pozo Moro (Albacete) [32], o el ibero Aletes, que por descubrir unas minas de plata recibió honores divinos, según Polibio (10.10.10) [33].

Divinizado o heroizado fue el personaje del templo de Azaila (Teruel) [34]. Pero los textos más importantes de la divinización de generales en vida son los honores que recibió Metelo en Córdoba de parte de los hispanos durante el invierno del 74-73 a.C. Salustio (*Hist*. 2.70) escribe sobre sus honras: *et alia in modum templi celeberrimi*, Plutarco (*Sert*. *22*): «las ciudades por donde pasaba le recibían con sacrificios y altares» y Valerio Máximo (9.1.5) *«ab hostibus aris et ture excipi patiebatur*.

Burebista [35] levantó considerablemente el nivel económico y social de sus súbditos, lo mismo hizo Sertorio, educando a la manera romana a los hijos de los notables iberos en *Osca*, hoy Huesca, en las Pirineos, capital de su gobierno. Plutarco (*Sert*. 14) ha descrito bien este aspecto del carácter de Sertorio: «Además, les adornaba los morriones de oro y plata, sin preocuparse del gasto. Les pintaba los escudos. Les enseñaba el uso de las mantos y túnicas brillantes, y así, interesados por su bien parecer, ganaba su afecto. Pero lo que principalmente les ganó la voluntad fue lo que hizo con los jóvenes; reuniendo en Huesca, ciudad populosa, a los hijos de los personajes más principales, y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones griegas y romanas, en realidad los tomaba en rehenes; pero en la apariencia los instruía para que llegando a la edad varonil participaran del gobierno y de la magistratura. Los padres,

---

[28] J. M. Blázquez, Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e iberas, Madrid 1977, 385 ss.
[29] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 39, 76 ss.
[30] J. Piggot, *The Druids*, Londres 1975.
[31] J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, *II*, Madrid 1983, 244 ss.
[32] M. Almagro Gorbea, Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizante, *MM* 24, 1983, 177 ss.
[33] No creemos en la tesis de M. Koch. Aletes, Mercurius und das phönikish-punische Pantheon in Neukarthago, *MM* 23, 1982, 101 ss. El nombre es típicamente ibero, radical más sufijo, y había que admitir que Polibio, que visitó Carthago Nova, había cometido un error, confundiendo un dios fenicio con un ibero. Cfr. J. M. Blázquez, Städtebau und Religion in Neukarthago (Hispanien), *Römische Geschichte, Altertumskunde und Epigraphik*, 1, 1985, 81.
[34] J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, II, 201.
[35] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 215 ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

en tanto, estaban muy contentos viendo a sus hijos ir a las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba por sí muchas veces, les distribuía premios, y les regalaba aquellos collares que los romanos llaman bulas» (Plut. *Sert*. 14).

Con motivo de las necesidades de la guerra, Sertorio desarrolló mucho el artesanado. Livio (*frag*. 91) escribe a este particular: «había dado la orden por toda la provincia de que cada ciudad fabricase armas en proporción a sus riquezas... También equipó a los jinetes con armas nuevas y vestidos preparados de antemano y les pagó el estipendio. Reunió obreros escogidos con gran cuidado de todas partes y les estableció en talleres públicos calculando con precisión el trabajo que podía hacerse cada día. De este modo se preparaba al mismo tiempo todos los instrumentos de la guerra y ni faltaba a los artesanos, de antemano preparados, el material que les **[-206→207-]** procuraba el celo diligente de las ciudades, ni ningún trabajo quedaba sin el obrero que le correspondía».

Sertorio, al igual que Burebista, y que Viriato, fue asesinado por los suyos (Liv. *per*. 96; Plut. *Sert*. 26; Salust. *Hist*. 3.83). En el caso de Burebista piensa Ion Horatiu Crisan [36] que pudieran tramar su muerte, como en el caso de César, gentes de su entorno descontentos de sus tendencias monárquicas, o quizás intervenir los romanos, como en el caso de Viriato, aunque ello es difícil de precisar. La causa del asesinato de Sertorio, según el historiador Diodoro (37.22a) fue que «decidieron suprimir a Sertorio por su proceder tiránico». Este proceder tiránico lo explica en este mismo párrafo este autor: «viendo Sertorio que no podía contener a los indígenas, volvióse contra los aliados con gran crueldad, dando muerte a los acusados, poniendo bajo custodia a otros, expoliando de sus bienes a los que eran ricos. La gran cantidad de oro y plata que reunía no la depositaba en el tesoro común de la guerra, sino que lo guardaba como su propio botín, sin pagar un estipendio a las soldados, ni dar participación en el reparto a los demás jefes; las causas capitales no las resolvía juntamente con el senado y sus consejeros, sino que examinándolas privadamente, dictaba la sentencia como único juez. No se dignaba compartir su mesa con los demás oficiales y trataba a los amigos sin ninguna afabilidad. Exasperado por la defección creciente de sus oficiales, empezó a tratar a todas despóticamente, ganándose el odio de todos y causando que sus enemigos conspirasen contra él». Appiano (*BC* 1.113) afirma, por su parte, que «se hizo tardo en las acciones, dándose cada vez más a la comida, a las mujeres y a los festines», al mismo tiempo cada vez desconfiaba de todos. Plutarco (*Sert*. 25) hace responsable al lugarteniente de Sertorio, *Perpenna*, de toda la conjura, debido a su ambición.

Sertorio contó con ciudades hispanas, que fueron fieles a su memoria, aunque después de muerto. Fueron *Uxama* y *Calagurris*. La primera «fue destruida por Pompeyo, a *Calagurris* la sitió Afranio, «reduciéndola por el hambre a la última miseria, pasando a cuchillo a sus habitantes y destruyéndola por el fuego», según escribe el historiador hispano Orosio (5.23.14). Valerio Máximo (7.6 *ext*. 3) recuerda también que se llegó a comer la carne de los cadáveres para poder resistir más tiempo como sucedió en Numancia en el año 133 a.C., donde «chupaban pieles cocidas, después, faltos también de pieles, se alimentaban de carne humana, primero de los que morían, cocinándolos en pequeños pedazos; después, despreciando la carne de los enfermos, las más robustos atacaban a los más débiles». Algunos otras aspectos emparentan el Estado de Burebista y los pueblos de la Península Ibérica en la época helenística, como en la existencia de las ciudades fortificadas [37]; La casi totalidad de los castros y ciudades hispanas en este período estaban amurallados y además, como en el territorio al Norte de

[36] *Op. cit*.. 244.
[37] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 150 ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

los Balcanes, eran los centros de importancia económica. Baste recordar **[-207→208-]** que el cónsul Catón en el año 195 mandó destruir las murallas de todas las ciudades situadas alrededor del río Ebro (App. *Iber*. 41. Front. I.1.1. Liv. 34.17). Los autores antiguos citan frecuentemente la existencia de poblados fortificadas o de *castella*, citados en el año 195 a.C. (Liv. 34.11.16) en la región del Norte del Ebro. *Castella* se mencionan este mismo año en Turdetania (Liv. 34.19), y en 181 a.C. en Celtiberia (Liv. 40.33). Muchas ciudades estaban amuralladas con murallas ciclópeas, baste recordar a Cástulo [38], en el Sur de la Península Ibérica, etc.

Otras puntos de semejanza entre el Estado de Burebista y las pueblos de Hispania se encuentra en diferentes aspectos religiosos, como en el politeísmo [39], en la idea de la inmortalidad [40]; los celtíberos creían en una inmortalidad astral, y dejaban los cadáveres de los guerreros muertos en los combates, al aire libre, para que los buitres se los comiesen [41], en la existencia de un dios Marte, al que se le hacían sacrificios humanos [42], el misma dios y los mismos sacrificios se documentan entre todos las pueblos del Norte de la Península Ibérica [43], en el culto a una diosa del carácter de Diana o Artemis [44], también atestiguado entre los lusitanos [45], etc.

Un aspecto económico muy importante que emparenta a los vacceos y a algunos pueblos gobernados por Burebista, es tener la propiedad agrícola en común [46], que también se daba entre los vacceos [47]. Según Diodoro (5.34.3) los vacceos sorteaban sus campos todos los años, la cosecha la ponían en común, y luego a cada uno le daban su parte. Se condenaba con la pena de muerte al que ocultara algo. Este régimen presupone la existencia de grandes almacenes para guardar la cosecha. Este régimen es propio de un pueblo con emigración. Este sistema es parecido al existente entre los dálmatas (Str. 7.5.5), entre los getas (Hor. *Carm*. 3.24), entre algunos pueblos de la India (Str. 15.1.66) y entre los germanos (Caes. *BG* 622 1-2 Tac. *Germ*. 20) [48]. **[-208→209-]**

A los pueblos de la Hispania antigua les faltó un Burebista que los unificara, que levantara el nivel económico y social y que los pacificara durante muchos años. Ello fue debido probablemente al carácter individualista de los iberos. Los hispanos contaron con buenos jefes militares, pero se ocuparon principalmente de la guerra. Sertorio fue una excepción, pero era un romano. Todos ellos mandaron relativamente pocos años. Burebista fue el heredero del

---

[38] J. M. Blázquez, F. Molina, *Cástulo II*, 1980, 369 ss.; A. García y Bellido, *Arte ibérico en España*, Madrid 1980, 20 ss.; A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad 2*, Madrid 1978. 25 ss.

[39] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 227 ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. II, passim. Religiones primitivas de Hispania. I. Fuentes literarias y epigráficas*, Roma 1962, *passim.*

[40] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 231.

[41] J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*. II, 265 ss.; *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid 1975, 1820. *Religiones primitivas de Hispania. 1. Fuentes literarias y epigráficas*, 12 ss.

[42] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 233 s.

[43] J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. II*, 280 ss. *Religiones primitivas de Hispania*. 30 s., 115 ss. *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*, 145, 53, 56 s.

[44] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 234.

[45] J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*. II, 142 ss., 245 s. *Religiones primitivas de Hispania*, 17 ss. *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*, 58 ss.

[46] Ion Horatiu Crisan, *op. cit*., 98.

[47] J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, III ss.

[48] Sobre la economía de los pueblos de la Hispania prerromana, véase: J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, 721 ss. con la recogida de las fuentes literarias y de todo el material arqueológico. Sobre la economía de la Hispania en época republicana, véase: J. M. Blázquez, *Historia económica de la Hispania Romana*. Madrid 1978, 17 ss.; *Historia de España. España Romana*. 295 ss. Sobre objetos metálicos, véase: J. M. Blázquez, *Historia del Arte Hispánico. 1. La Antigüedad* 1, Madrid 1978, 275 ss.; K. Raddatz, *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Berlin 1969.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

programa de Mitrídates VI Eupator, como ha estudiado E. M. Condurachi [49]: «Ainsi que nous l'avons déjà souligné au commencement du présent exposé, la conquête par Burébista du littoral pontique avec ses cités grecques, depuis Olbia à Apollonia prend, considérée sous cet angle, l'aspect d'une entreprise d'envergure, sur le plan politique autant qu'au point de vue militaire. La tendance manifeste du jeune Etat géto-dace d'élargir sa base économique coïncide, au milieu du 1er siècle av.n.e., avec le développement d'un vaste programme, dont le but final était de mettre fin à l'infiltration progressive des Romains dans la région du Bas-Danube. Comme cette fois-ci les intérêts des marchands grecs qui dirigeaient les villes pontiques tournaient dans la même direction que les intérêts romains, le péril devenait imminent pour Burébista. De là cette campagne du roi géto-dace durant les années 50-48 av.n.e., que se prolongea peut-être encore dans certains points, plus difficiles à gagner. Les résultats obtenus justifient l'entreprise du roi, puisqu'ils lui ont assuré des moyens économiques substantiels et la consolidation du front dans la zone qu'il pouvait, à juste titre, considérer comme dangereuse pour la lutte qu'il avait commencée contre Rome». En la Península Ibérica, durante la conquista romana, se dio también una dualidad. Los pueblos de la costa ibérica y turdetanos, civilizados, más ricos, y en contacto con los pueblos colonizadores, griegos y púnicos, se inclinaron por la causa de Roma, contra los pueblos del interior, lusitanos y celtíberos, y al final de la República, cántabros y astures, que fueron todos ellos los grandes campeones de la lucha contra Roma. Entre estos últimos las capas altas de la sociedad, como el suegro de Viriato, favorecieron la causa de los romanos (Diod. 33.7) [50].

[49] Burébista, successeur du programe politique de Mithridate VI Eupator, *Acta Antiqua* 26, 1978, *7* ss. Sobre la política exterior de Mitrídates VI véase B. C. Mc Ging, *The Foreign Policy of Mithridates VI Eupator, King of Pontus*, Leiden 1986.

[50] J. M. Blázquez, Las alianzas..., 209 ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia